

*El tall de l'amic* o cortar el mundo y que sea lo más justo imposible.

La coges con la mano izquierda, con decisión, y te la miras. Notas su peso y su brillo. Estás decidida a hacerlo. Ya te has acostumbrado, y aunque no te salga muy exacto a veces, piensas que es lo más justo posible, que lo que no va a quedar a un lado, quedará a otro.

Sigues mirándola y te das cuenta de que podría estar más limpia, que un chorro de agua del grifo no le quita los pesticidas grasos, y que comerse la piel no es demasiado agradable. Aun así, esa decisión no te incumbe. Te viene a la cabeza la sensación de morderla y que fuera *farinosa*, algo así como granulada; luego se volvería pastosa y seca. Y te empieza a salivar la parte carnosa de debajo la lengua. No te gusta cuando muerdes y te pasa esto.

Hay mucho ruido a tu alrededor pero te concentras en tu mano izquierda y en lo que vas a hacer. La giras, la observas rápido. Las hay más grandes, pero ahora tus manos bastan como para cogerla con seguridad de que no se va a escapar. Tienes los dedos abiertos. Las puntas de los dedos se te vuelven blancas porque estás apretando un poco. Si trazaras una línea por donde acaban los dedos se marcaría una sección lo más transversal posible. Sigues apretando. Aún hay mucho ruido.

En la otra mano tienes un cuchillo de acero inoxidable. Parece que pesa más lo de tu mano derecha que lo de tu mano izquierda. Con esos cuchillos nunca te sientes segura del todo, tienen muchos dientes e incluso te parecen ofensivos. Si pudieras estirar en línea recta toda la hoja para cortar y deshacer los pliegos y curvas que tiene, te sorprenderías de la longitud de corte. Lo estás agarrando con toda la palma y los dedos plegados, menos el pulgar que recorre un poco más allá el mango del cuchillo.

Vuelves a tu mano izquierda y la recolocas con movimientos de dedos, de muñeca y palma bien coordinados. Casi sin mirar. Si fuera un globo terráqueo, el ecuador sería la línea imaginaria de la punta de los dedos. Te das cuenta que quizá subiría un poco más, sería el trópico de cáncer. Y vuelves a presionar los dedos para que no se escape. El tallo es el norte. Como tampoco eres muy precisa al describir esta posición, saber que existen tres nortes te cobija de no decir algo exacto. El tallo te mira fijo, y ahora ves los dedos más repartidos, ya no sujetan sino que agarran.

La mano derecha agarra el cuchillo con más fuerza, y sube hasta casi tocar la hoja. El pulgar se ha desplazado y aterriza encima. Como un cohete. Se convierte en un punto de apoyo. Luego se apoya la hoja. Y empiezas a presionar por la parte de detrás de la hoja, hasta que la parte de delante también ha entrado en las carnes, ha cortado la piel. Has decidido dejar el tallo a un lado, aunque en esos momentos te molesta un

poco que esté. El corte recto baja, hasta el ecuador. Aunque siga el estruendo a tu alrededor, oyes como crujen las fibras, hasta llegar al corazón. Notas que tienes un impedimento más gordo que lo que has estado cortando hasta ahora. El pulgar derecho se desliza al son del cuchillo. Decides hacer un vaivén con la hoja, para asegurar el corte. Retiras el cuchillo y lo mantienes a una distancia lo suficientemente prudente como para no cortarte ni para herir a nadie. I automáticamente tu mano izquierda empieza a coordinarse para voltear de nuevo. Ahora, el culo es el norte, y miras los pelillos que salen.

Te aseguras que el primer corte va a quedar lo más perpendicular posible al que vas a hacer segundo. La mano izquierda se dispone lo más parecida posible al agarre de antes. El pulgar se apoya de nuevo. La hoja se desliza de nuevo, atraviesa la piel y cruje la carne. Has cortado el culo por la mitad. Vuelves a llegar al corazón. Y el ruido es como vacío y resistente. Vaivén.

Volteas la izquierda de nuevo, comprobando la perpendicularidad de esa cruz en el mundo. Solo con esa mano.

Colocas a ese globo terráqueo de forma que ahora el ecuador tendría el norte inscrito en él. Y donde termina el corte, en ese punto, clavas la punta —si es que a esto se le puede llamar punta—lo más adentro posible. Hacia el corazón, hasta tocarlo y notar de nuevo el ruido duro. Vas a cortar, con la punta fijada en el corazón, hasta el próximo corte que encuentres. Vas a notar que se destensa algo dentro. La muñeca de la mano que sujeta va a voltearse según el movimiento del corte. Sacas el cuchillo. Y lo clavas de nuevo, donde termina otro corte longitudinal, para seguir cortando intermitentemente el ecuador. Las manos repiten esa acción, hasta el corazón; hasta destensarse.

Dejas el cuchillo, ya no lo necesitas más.

La mano derecha también coge la manzana. Y ninguna de las dos atraviesa la falla pulcra, de dulce erupción. Las dos manos hacen movimientos de distanciamiento, como si se desencasquillase el corazón vacío. Oyes el ruido del roce de la pulpa. Huele bien.

Sujetas las mitades. Las líneas del puzzle atraviesan el volumen y la dimensión. Le devuelves la manzana y ves su cara con los ojos y la boca abiertos, con cierta expresión de alucine y respeto ante tu juego. Ya no notas su peso. Parece magia.

Vuelves al ruido de fondo que ahora te atraviesa. AIRE-NA AM TAYAS LA POMA A MI TAMBE COM AL PAU?